

un inconsciente indeliberado estoicismo; sobre tal estoicismo, había puesto su educación religiosa, una idea cristiana muy consoladora de las tristezas del mundo, y muy eficaz para producir ciega esperanza en los favores del cielo. Si los dos grandes representantes, de las dos ideas soberanas que privaron en el siglo primero de nuestra era, si un Séneca y un San Pablo se hubieran reunido para escribir de común acuerdo papel donde campearan la filosofía estoica y la religión cristiana, quizá no produjeran una obra tan perfecta como el testamento de Luis XVI. Aquella conformidad con el destino sin humillación alguna; su increíble paciencia, no obstante lo acerbo del mal y lo injusto del tribunal, que debía condenarle; su cuidado extraordinario por todos cuantos había querido en este mundo; su perdón de todas las ofensas; su menosprecio á la vida y á sus gozes; su tranquilidad ante la muerte; sus enagenaciones sinceras en el seno de Dios; sus confianzas inconstables en la inmortalidad del alma: su apelación á la posteridad, hacen del testamento de Luis XVI, un escrito que honrará siempre á la humanidad y siempre resplandecerá en la Historia. No lo hizo adrede; dictarónle aquellas palabras lo grave de su trágica situación y lo supremo de las circunstancias ambientes; pero siempre que habla de las cosas perezosas en el inmortal documento, parece inspirado por Séneca, y siempre que habla de las cosas eternas; parece inspirado por San Pablo. El estoicismo le sirve para fijar con mucha firmeza sus pies sobre la tierra; el cristianismo le sirve para desde la tierra, donde ha el pie afirmado, volar en vuelo raudo hacia el Empíreo. Parecía en aquel momento desasido de todos sus antiguos deseos. Aunque la creencia de ser Monarca, y Monarca legítimo, no le abandonó sino con la vida; dióla de mano, elidiéndola en aquellos renglones que mentaban á los franceses, no como á sus súbditos, como á sus conciudadanos. Las pretensiones mostradas en Versalles al intentar aquella imperdonable disolución de los Estados generales; el sentimiento de su omnipotencia que le llevaba en los primeros días de la revolución y en los más críticos momentos de su reinado á requerir las armas y á consignar las tropas contra el pueblo; la cólera que le asaltó viéndose humillado en la jura del gran Código fundamental; todas estas culpas de su vida no reaparecen á la hora de su muerte, como si en olvidarlas hubiera empleado sus días de soledad y sus noches de cautiverio. Pondría en ello mucho empeño, no lo sabemos, ó habría en ello mucha espontaneidad; pero es lo cierto que Luis XVI, llegó en estas supremas horas, de abstracción en abstracción, hasta por completo abstraerse del sentimiento nativo en su persona, de los antiguos privilegios. Antonieta por un lado, Malesherbes por otro, la tierna infanta Isabel también, todos sus consejeros de defensa, trataban de infundirle una esperanza tan engañosa, como la sustitución del patíbulo por el destierro. Luis procedió de suerte, que fué resumiendo en sus últimos actos las mejores cualidades congénitas á su alma, y tomó aquellos días como los últimos de su existencia; contra todos los consejos, y contra todos los anuncios, de cuantos le rodeaban, excepto Clery, quien desde un prin-

cipio ereyó en la muerte, sí, en la muerte inmediata, y se lo comunicó á Luis XVI, con quien se podía del último trance hablar en los coloquios más corrientes, sin oírle ni una reconvención, ni una queja. Lo mismo cuando escribía que cuando hablaba; lo mismo al dormirse que al despertar; lo mismo en la mesa de sus comidas que en la mesa de sus quehaceres; Luis XVI se mostró apercibido siempre á partirse del Temple á la Convención, de la Convención al patíbulo, del patíbulo al cielo, dispuesto su ánimo al fin postrero por aquella grande aceptación del sacrificio, y descargada su conciencia de católico en reconcentradas confesiones hechas tan solo ante Dios. Así no tuvo impaciencia por dejar la vida; mas tampoco hizo esfuerzo de ningún género por guardarla. Creyendo haber visto bien, se apercibía en aquel instante á morir mejor aún. Y, acallados todos los remordimientos, dejaba al mundo sin pena, y no se dolía ni aun de aquellos que del mundo le apartaban por una muerte violenta.

Haciéndose todo contra él, miraba cuanto se hacía con tal serenidad que hubieseis dicho se hacía todo con él ó por él. Como la mayor parte de los resignados y pacientes creía en lo incontrastable del destino y no intentaba combatir esa fuerza, muy superior á todas sus fuerzas personales. Para él cuanto le sucedía en la vida estaba decretado en el cielo, con el fin y objeto providencial de hacerle pagar sus culpas y de purificarlo en el martirio, como en el fuego se purifican los metales. Siente menos la necesidad fatal imperante sobre todos los seres, quien la secunda que quien la resiste. Luis XVI ya no contrastaba la necesidad. Si en aquel momento se defendía, era sólo para no parecerse á Carlos I, quien omitió su defensa, recusó sus jueces; y luego, para no dejar pretexto ninguno de condenarlo, recusó su tribunal, quien se apoyó para la condena en el regio silencio. Así parecía someterse voluntariamente á lo mismo que no estaba en potencia ni en aptitud de resistir y contrastar. Como el justo antiguo desataba todos los lazos de aquellos instintos conservadores, que defienden la vida, y aceptaba la muerte cual si él mismo la hubiera querido y decretado. Tales ideas le llevaron á conformarse con todo lo que sucedía y á no afligirse por la proximidad muy cercana de su fin. Mientras todos confiaban en un rasgo misericordioso de la Convención, Luis no hacía provisión alguna para la vida, y todo su empeño y todo su trabajo, se redujeron en aquellas horas trágicas á prepararse para la muerte. Sus cortos años no le inspiraron pena por morir joven; sólo creyó que moría inocente; y aunque no se dolió de morir joven, se dolió de morir inocente y nunca se expresara sobre la injusticia de sus jueces y la crueldad de sus verdugos con palabras demasiado duras y con reconvenciones demasiado amargas. Desde que penetró en el proceso diríase que penetró en la capilla donde los reos aguardan la muerte. Así contó su vida como si hubiera sido una vida natural y no cortada por la cuchilla del verdugo y malograda, como decimos de los muertos jóvenes, aduciendo en la mayor serenidad que había vivido bastante, y esperando la muerte, como si en vez de aguardar un castigo,

aguardase un premio. Todas estas cosas pasaban la Nochebuena y el día de Navidad, escogidos por Luis XVI para escribir su testamento. ¡Cuán graves y solemnes pensamientos inspiran esta noche y este día consagrados á conmemorar la venida de Cristo por la liturgia católica! Nuestra religión, como las religiones antiguas, conmemora y celebra con grandes fiestas los dos solsticios, el de verano y el del invierno. En el solsticio de verano, en los días más largos del año, la venida del Bautista; en el solsticio de invierno en los días más cortos, la venida del Redentor, escogiéndose el mes de los esplendores para las esperanzas, el mes de los hielos para la realización de estas esperanzas, como si toda realidad, aun la más religiosa, hubiera de traer forzosamente consigo, al cumplirse en los límites y en las condiciones de este mundo, inevitables amarguras y tristezas. La noche de San Juan puede llamarse la noche del amor, de la serenata, de la magia; la Nochebuena puede llamarse la noche del hogar, de la inocencia, de la niñez, de la zambomba y el zortzico, diferenciándose entre sí estas dos noches como puede diferenciarse cualquier enamorada canción de cualquier sencillo cuento. ¡Camino de las almas, cuán desconocido eres de los miseros mortales! Conocemos el origen de las lluvias y no conocemos el origen de las ideas, aunque las lluvias pasan en los senos del aire y las ideas en lo interior de la conciencia. Sabemos la órbita de un astro en el infinito material y no sabemos la órbita de un pensamiento en el infinito moral. Cuando San Lucas narraba con la sencillez sublime del estilo evangélico la fuga de José y de María escapados á los rigores del censo romano, la venida del niño en los establos de Belén, la natividad sobre las pajas, el cántico de los ángeles por las alturas, los pastores cargados de rústicas ofrendas reunidos al reclamo de los coros celestes y de las estrellas errantes, no podía, no, adivinar, sino por una intuición sobrenatural, cómo esta página transformaba los espíritus desasiéndolos del sensualismo antiguo, y movía las piedras para levantarlas en triángulos misteriosos por los templos góticos, y cambiaba desde las instituciones hasta las costumbres en renovación medida y lenta, pero profunda y universal; resultado necesario de nuevas compenetraciones entre el alma humana y el seno de Dios.

Pero dejémonos de éstas y otras reflexiones, que ni caben, ni caber pueden de ninguna manera, en tema tan particular como la última Nochebuena pasada en este mundo por Luis XVI; noche que no podemos presentar y encarecer cual se merece, si no tornamos los ojos á sus antecedentes y á sus tradiciones, comparando lo que fuera noche tan dulce y santa, primero en los palacios de Versalles; y ahora, llegados á este punto de nuestra narración, en los calabozos del Temple. Recuerden otros si la Nochebuena se instituyó por la iglesia griega, ó por la iglesia latina; si San Agustín señaló el 25 de Diciembre á la Natividad del Salvador. San Epifanio el seis de Enero, y otros padres, según San Clemente alejandrino, los fines de Abril y Mayo; si en su homilía trigésima-quinta el Crisóstomo dice que diez años después de pronunciada esta grande arenga desconocía por completo tal

fiesta. Dejemos todo esto á los que de verdaderos eruditos se precian y vamos ante la última Nochebuena del mártir Luis XVI á meditar sobre la Nochebuena del marinero, tan parecida de suyo á la Nochebuena evocada en este momento, del marinero perdido en la inmensidad, nómada y errante en el espacio, suspenso por frágil tabla entre dos abismos, de los cuales uno le combate con sus olas, y otro con sus huracanes le combate, componiendo ambos las terribles y pavorosas tormentas eceánicas, no tan espantosas como las revoluciones sociales. La vida en los pueblos marítimos, sobre todo por las orillas mediterráneas, donde tiene tanta hermosura el suelo y el aire tanta luz, la vida entre una tierra embalsamada por el azahar y un cielo embellecido por el arrebol, unos mares plateados de espuma que resaltan sobre aquella superficie de cristal azul; la vida en semejantes regiones guarda indecible poesía. Para gustarla se necesita ir, no á la ciudad, sino á la aldea; no al puerto mercantil obscurecido por los vapores de la hulla y cubierto con los productos del comercio, sino á la playa casi desierta, donde, al través de las olas tan transparentes como cristalinos manantiales se ven jugar y chispear, quebrando la luz en sus escamas los multicolores pececillos. El día se dobla en la claridad del agua; el aire se carga de aromosas exhalaciones que facilitan la respiración y enardecen la sangre; las casas ó chozas de los pescadores se amontonan á la orilla como si aguardaran las ondas á guisa de la Galatea del idilio; la barca yace inerte sobre las arenas esmaltadas de conchas, entre las cuales resalta como gigantescos trozos de azabache la luciente brea. Por las orillas aquí saltan los muchachos vestidos de azul y cubiertos con gorros carmesíes; allí se mece la red tendida de higuera en higuera con el cenacho henchido de algas y aparejado para contener la marina cosecha; entonan allá melodiosísimas canciones los calafateadores al componer hoy los barquillos destinados á desafiar mañana las tormentas; acullá corren las pescadoras semejantes á las canéforas griegas con sus hermosos pies desnudos y sus frentes coronadas por la circular cesta donde brillan como piedras preciosas los pintados mariscos; más lejos se extienden los grandes copos recién sacados, entre cuyas mallas, prendidas al término de gruesas maromas, centellea, mezclada con el moho verde obscuro, partículas cristalizadísimas y salta la pesca coleteando, mientras por los límites del horizonte corren latinas velas hinchadas de favorables vientos, seguidas por las gaviotas ó por las golondrinas que vuelan en torno de ellas, acompañadas por los delfines que saltan entre las espumas producidas por sus lustrosos cuerpos, rompiendo con la quilla y con la proa los marítimos senos y dejando tras la popa en la inmensidad sus fugaces y luminosas estelas. Ante un espectáculo tan hermoso, espectáculo siempre nuevo, toma el alma de los pueblos, como el alma de los individuos, brillantísimos esmaltes. Sus fiestas han de ser por fuerza muy alegres y poéticas. Yo recuerdo aun la poesía con que todos los años nos brindaba en el santo seno de la familia esta festividad de Nochebuena. Por la tarde amontonábanse las castañas y las bellotas que se cocían en descomunales hollones;

los recentales y las gallinas y los pavos que se aderezaban para el día siguiente; la dulce peladilla de Alcoy; los turronec hechos con las azucaradas almendras de Jijona ó de Alicante; los frescos cardos en las hermosas huertas aporcados; cuantas gollerías son propias de las Pascuas; mientras los muchachos agujereaban cuantos pucheroc les caían en suerte, y tapándoles la boca con pieles de conejos secadas al fuego, en cuyo centro ponían una cañita, formaban las alegres y rogoicijadísimas zambombas.

Industrias no menos primitivas procurábannos todos los demás instrumentos. El pandero con sus sonajillas de hojalata, las castañuelas con sus lazos de sedas había menester más aparato; pero los rabeles aparejados con una guita untosa, y los caramillos de cañas, que envidiara el dios Pan, improvisábanse allí en el patio y en el corral de nuestra casa. Cuando venía la noche, noche de invierno, fría ó lluviosa por fuerza, mientras el viento zumbaba en las ramas, ó caían, ya el agua, si nublado, ya el hielo, si sereno; bajo las anchísimas campanas de nuestras chimeneas chisporroteaban los sarmientos, tan fáciles al fuego, produciendo llamaradas, sobre cuyas rojas luces lucían, á guisa de meteoros, entre las columnas de humo, múltiples centellas, y en la ceniza roja deslumbraba nuestra vista el *nochebueno*, el inmenso tronco de encina ó de pino, reservado desde los meses otoñales para este gozoso momento, y parecido á una gigantesca brasa. ¿Y el Nacimiento? Las estatuas y cuadros, que luego he hallado en el mundo, no han podido sumergir mi ánimo en éxtasis causado por aquellas toscas figuras de barro cubiertas con chillones colorines. Sobre una tosca mesa echábamos un tapete de muselina ó de indiana con varios ramajes y fiecos. En torno de la mesa esparcíamos el espliego, la salvia. los tomillos recién bajados del monte, y que formaban como alfombra mullida, la cual á nuestros pies despedía fortificadoras esencias. Una peña de cartón pintado polvoreada de vidrio, que llamábamos volador en nuestro lenguaje provincial, representaba Belén, tomando, al reflejo de las velas contenidas en los candeleros de plomo y en las arañas de latón, visos de rocío, pero un rocío compuesto con estrellas fantásticas. Por las quebradas, entre los ramos del montaraz lentisco, descendían, reproducidos en tierras cocidas, los ganados de blancas ovejas, guiadas por el pastor, llevando colgado al cuello, para el Niño-Dios, un tierno recental. Aquí un viejo con pellica y zurrón cocía las gachas puestas á la lumbre en hondo perol; allí una robusta campesina con zagalejo azul y su corpiño negro, sobre el cual blanqueaba un pañuelo de hilo, dirigía los potros al abrevadero; más lejos una muchachuela parecía cacarear, según lo hinchado de sus mofletes, como las gallinas que comían trigo y arroz á sus pies; acullá un campesino empinaba la bota de rodillas, mientras otro, junto á él asentado sobre un saco de paja, encentaba un pan y un queso; por las alturas veíase áureo lucero de talco que guiaba los reyes magos, caballeros en sus acaneas, envueltos en sus mantos de púrpuras forrados de armiño, con sus coronas doradas á las sienes y sus vasos henchidos de incienso y de mirra en las manos, mientras abajo, presidi-

do por un ángel de túnica azul que lleva un *gloria* en letras de oropel, se veía el pesebre, con la mula á un lado y el buey á otro por el primer término; la Virgen y San José por el segundo en extática contemplación; y, sobre las pajas, el recién nacido, al cual besábamos como á un niño de veras, y adorábamos como al Eterno Dios de la eterna verdad. Entonces, aunque supiéramos el *musa musæ*, no sabíamos gran cosa de tradiciones mitológicas, y, por consiguiente, no llegábamos á comprender el rango conseguido por los bueyes en las teogonías de los pueblos. No hubiéramos vuelto con poco desprecio, bostezando y soñolientos, nuestras espaldas á quien quisiera contarnos cómo representan la vaca y el buey el fuego de la vida y sus fecundidades en los himnos vedas; como la creciente luna, elevada por los cielos enrojados, inspira en los persas la idea de que el toro, unido con su dios Mitho, debe ser el primer animal creado sobre la tierra; cómo la vaca rubia simboliza las alboradas ó auroras y anuncia el buen tiempo, al par que la vaca negra simboliza la noche y anuncia la tempestad en las eslavas supersticiones; cómo, entre los germanos, cuatro bueyes, hijos de Jefión, señalan, surcan y remueven con sus arados la madre patria, y, entre los francos, un toro de piel atigrada, engendra por las orillas del mar al primero entre los merovingios; cómo Júpiter va, según las metamorfosis griegas, á través de las ondas jónicas, hasta las poéticas orillas, donde naciera el arte, buscando á la ninfa Europea: en nuestras creencias de entonces resultaba el buey, cuya piel, cuyos huesos, cuya carne, cuyos trabajos aprovechan á todos, al más útil entre los animales, á causa de haber calentado con su aliento al Niño Dios, aterido de frío en terrible noche de Diciembre, y la mula estéril, por habersc comido las pajas del sagrado pesebre.

¡Con qué gravedad predicaban los muchachos mayores sobre las tradiciones pascales delante del Belén iluminado, mientras los pequeñuelos oían todo aquello con verdadera pasión, prontos á dar un bollo al pacífico toro y á romper en mil pedazos la espantadiza mula! ¡Cuál noche! Los oídos más acostumbrados al estruendo no podían sufrir sin atornarse las castañuelas repiqueteadas, el garrulo pandero, la rimbombante zambomba, los rabeles con sus chirridos, las sonajas llenas de perdigones, los flauteos del caramillo, los repiques de los almireces, el rasguear de las guitarras, los innumerables cantares a cuyas cadencias danzaban todos en tropel ante los belenes con el más desenfrenado goce, produciendo las más ruidosas algazaras. Sin embargo, el movimiento continuo de aquella tarde, las idas y venidas desde el nacimiento á la cocina, los arreglos y colocaciones de tantas figuras, el cántico y el baile producían el sueño más pronto y profundo que el sueño ordinario, quedándonos medio dormidos sobre las sillas y los bancos, hasta que los campanarios de nuestras iglesias nos despertaban al llamarnos á la misa del gallo, en la media noche cantada, misa, donde, con todas las algazaras propias de la festividad popular se reunían en la festividad eclesiástica los badajos del campanario con las trompetas del órgano. ¿No os ha pasado mil veces, viendo por Nochebuena saltar un corro de niños al